

Una Cosmovisión Protestante¹

Por Gordon H. Clark

Los reportes de noticias de los últimos censos religiosos contenían algo de información significativa, si no es que estimulante. En lo general el aumento en la membresía de la iglesia no mantuvo el ritmo del incremento de la población, pero los Luteranos mostraron el mayor incremento proporcional entre todas las denominaciones Protestantes y los Romanistas mostraron el más grande incremento proporcional de todas las organizaciones religiosas.

En vista de las supersticiones y las prácticas idolátricas del Romanismo, repugnantes para una época progresista, en vista de la oscura historia del Romanismo con sus persecuciones y masacres, repugnantes para la simpatía humana, y en vista de la alianza a un Pontífice extranjero que afirma tener poder espiritual y temporal, algo repugnante para el Americanismo histórico, podría ser provechoso especular sobre las causas de la creciente fuerza del Romanismo en estos Estados Unidos de América.

No se cometerá un error al buscar una variedad de causas. La simple fuerza de los números, el ímpetu de la progresión geométrica, por así decir, indudablemente que produce un efecto considerable. Hay un poder en una muchedumbre que atrae a una muchedumbre aún mayor, y cuando multitudes entran y salen de una gran catedral, la gente se siente más inclinada a seguir a la muchedumbre que a generar la fortaleza necesaria para asistir a una pequeña congregación. Hay poder político en las multitudes; hay dinero que gastar donde hará el mayor bien; y en el Romanismo también hay una organización más bien eficiente para darle dirección consciente a este poder. Dos puntos testifican la veracidad de esto: Primero, según un sondeo de tres meses de duración de cincuenta y seis periódicos importantes, el Romanismo obtuvo un 26.8% del espacio del diario dedicado a noticias religiosas, y el siguiente porcentaje más alto, el del Metodismo, fue el 9.7%. Y segundo, el Presidente de los Estados Unidos, violando un principio fundamental de la nación, designó un embajador ante el Papa.

Por razones muy obvias, denominaciones tales como la Iglesia Presbiteriana Ortodoxa nunca será capaz de ganar sabiduría Maquiavélica imitando los procedimientos sugeridos. Pero la organización y el poder de los números, aunque son elementos de la situación y elementos que no han de ser despreciados, no son los únicos factores. No explican, por ejemplo, la conversión al Romanismo de una cantidad de personas bien educadas.

El Cardenal Newman es una ilustración del siglo pasado. Heywood Broun, si podemos unir estos dos nombres, es una ilustración de este siglo. Claro que la organización pone mucho esmero en hacerle publicidad a tales ejemplos llamativos, y puede que haya una falacia psicológica al usar nombres distinguidos como ejemplos de las ganancias de Roma en círculos educados. Pero existe evidencia perfectamente objetiva de logros intelectuales suficiente para atraer a las mentes influyentes. Si se fuese a examinar la lista de libros, artículos y periódicos publicados por los escritores Católicos Romanos, uno se asombraría de la abundancia de productividad. Los temas abordados, no confinados a la teología como tal, abarcan la filosofía, la antropología, la biología, la educación, la historia y las ciencias

¹ Discurso de graduación pronunciado en el Seminario Teológico Westminster, Philadelphia, 6 de Mayo, 1941, publicado en *The Trinity Review*, Abril y Mayo de 1979. Copyright 1979, Fundación Trinidad.

políticas. Ni es la mera cantidad de libros la que es significativa. La fuerza de toda esta producción yace en el hecho que el Romanismo está atacando sistemáticamente todos estos problemas. Ya sea que el autor escriba sobre psicología o política, las opiniones expuestas y recomendadas son las implicaciones del sistema Tomista. Y se puede decir, a propósito, que en lo general las discusiones son conducidas muy hábilmente. La Iglesia Romana, con su trasfondo Europeo, con su conciencia del largo pasado, con su disposición a apurarse lentamente, mantiene estándares superiores a aquellos del Protestantismo típicamente Americano, ya sea modernista o fundamentalista.

Ahora, cuando el sistema y la calidad se combinan logran un tremendo impacto psicológico en la sociedad. El Protestantismo, por otro lado, sufre de lo que podría llamarse, en los términos más corteses, de una calidad poco uniforme en producción, y lo que es peor, de una ausencia completa de sistema. El resultado es que en las sociedades distinguidas de nuestro país, los oradores Romanos son escuchados con respecto, mientras que los Protestantes ortodoxos o son raramente invitados o quizá no existan. Que ningún laico en los asientos, que ningún evangelista en el púlpito, cometa error alguno. Las varias sociedades distinguidas puede que no cubran una gran proporción de la población total; pero sus opiniones, sus honores, y sus desprecios son pronto compartidos por la civilización en general. Si la dan la impresión que el Romanismo y el modernismo son respetables, mientras que las perspectivas de la Escritura son indefendibles, gran cantidad de personas se sentirá inclinada en una de las anteriores dos direcciones e influenciadas en contra del último estilo de vida mencionado. La obra del evangelista especial y la obra del pastor regular son sensiblemente ayudadas o dificultadas por la perspectiva intelectual dominante. La gente entra a la iglesia ya sea predispuesta a favor del Cristianismo ortodoxo o predispuesto en su contra. En momentos cuando la gran mayoría de la población al menos rendía un servicio de boca a la Palabra de Dios, el ministro fiel no enfrentaba una oposición extrema; pero en estos días, cuando los libros, la radio y los periódicos generalmente condenan, ridiculizan y distorsionan la posición ortodoxa, cuando la sustituyen con otra religión y la adornan con una fraseología atractiva, entonces se multiplican las dificultades del ministro del Dios Trino. Por ejemplo, debe ser posible el notar pronto el efecto deteriorador de los artículos sobre religión, la oración y la asistencia a la iglesia que han sido reproducidos durante el año pasado en el *Reader's Digest*. Estos artículos ciertamente son religiosos, estimulan la asistencia a la iglesia; pero sin embargo son un ataque sutil contra el Cristianismo.

Si entonces, la perspectiva dominante de una sociedad puede ser llamada su filosofía, y si esta filosofía popular es el resultado de una síntesis técnica de todos los campos del conocimiento, una síntesis que postula principios importantes para gobernar toda investigación particular, uno no necesita asombrarse que un oficial Romano le pidiera a los Caballeros de Colón fondos financieros para entrenar a diez jóvenes filósofos pues, según dijo él, la próxima batalla se ha de pelear en los campos de la filosofía. Y el Papado tiene el propósito de estar listo para la batalla.

Esta determinación y la resultante productividad intelectual tienen su fuente en una política de largo plazo conscientemente adoptada.

Hacia finales del siglo pasado la iglesia Romana estaba experimentando la influencia desorganizadora del modernismo. Si la jerarquía hubiese permitido que esta influencia se propagara sin freno bien hubiese habido la misma falta de acuerdo filosófico en Roma

como el que hay ahora en el Protestantismo. Pero a principios de este siglo, el Papa Pío X en su Encíclica *Pascendi* y en algunas otras cartas pastorales condenó el modernismo, y sus defensores fueron pronto privados de posiciones prominentes. Junto con la condena al modernismo estaba la aceptación de la filosofía Escolástica, con el resultado que hoy los estudiosos Romanos presentan un frente bastante bien unificado. Difieren, claro está, en varios detalles, pero todos son obviamente Tomistas.

En el Protestantismo no existe una maquinaria eclesiástica que haga valer un sistema particular de filosofía, y esperamos fervientemente que nunca exista tal maquinaria. Incluso en el círculo limitado de una sola denominación pequeña, tal maquinaria sería algo imprudente lo mismo que poco grata. No obstante, debiésemos considerar cuáles principios filosóficos básicos servirían mejor a la fe Reformada. Si de manera individual y espontánea cada uno de nosotros es convencido por la claridad de su argumento de que un enfoque filosófico particular es el mejor, nosotros también, al continuar nuestras discusiones y extendiéndolas a cada campo del pensamiento, puede que adquiramos una mayor unidad y fortaleza.

¿Sería demasiado atrevido en esta ocasión sugerir tal posición básica? Una sugerencia de este tipo sería un asunto muy serio con implicaciones de gran alcance y no debiese hacerse de manera irreflexiva. Por otro lado, algunos pueden pensar que tal sugerencia no es tan llamativa como innecesaria. En todo caso, ¿podríamos estar de acuerdo que de todos los sistemas de la historia, la posición filosófica general de Agustín es más prometedora que cualquier otra?

La elección de Agustín como punto de partida no se hace simplemente por estar opuesto al Tomismo. Más bien la elección se hace, o más precisamente, la elección se sugiere por una tenue anticipación de que el filósofo que se haya acercado a las doctrinas Escriturales de la gracia puede que también se haya acercado a su contexto filosófico necesario.

Al principio esto puede parecer una sugerencia audaz; pero después puede que parezca inútil. Pues uno que escoge la orientación de Agustín camina por un sendero más arduo que uno que sigue a Tomás. Es más arduo en el sentido que Agustín casi no es tan explícito como Tomás. Este último obviamente tiene un sistema; no es tan claro que Agustín tenga uno. Tomás entra en grandes detalles; Agustín deja muchas preguntas sin responder. De allí que la orientación pueda ser menos explícita, y que estemos en peligro de perder nuestro sendero; no obstante, si Tomás va en la dirección equivocada, su instrucción más explícita no probará ser beneficiosa en última instancia.

Por lo tanto, el progreso requiere poner atención a las dificultades. Un Agustinianismo moderno debe complementar la enseñanza de su padre desarrollando una enorme cantidad de detalles. Las visiones amplias de la soberanía de Dios – como afectando todas las partes del universo, y la consecuencia de que la ciencia y la teología forman un solo sistema, organizado e inteligible, son tanto inspiradores como necesarios; pero la única prueba de lo que son capaces es su aplicación a los detalles de la física, la psicología, la educación, la política, y todo lo demás. Un Agustiniiano debe guardarse con vigilancia para evitar la acusación que Hegel hizo contra los romanticistas. “Pero si miramos más de cerca a este sistema extendido,” dice, “encontramos que no ha sido alcanzado por uno y el mismo principio que toma forma de diversas maneras, que es aplicado de una forma externa a diferentes materias, la tediosa reiteración de él manteniendo la semejanza de diversidad. La

idea, que por sí misma es sin duda la verdad, en realidad nunca avanza más allá de donde comenzó, en tanto que su desarrollo consista nada más que de tal repetición de la misma fórmula.”

Platón, en el *Philebus*, expresa el mismo pensamiento al advertir que el estudiante no debiese saltar del uno a la infinidad o de allí otra vez al principio. La unidad básica debe ser cuidadosamente dividida y subdividida antes de alcanzar la multiplicidad de la individualidad. Por lo tanto, para tener cualquier efecto amplio sobre el mundo educado los adherentes de la fe Reformada deben proveer aplicaciones detalladas de sus principios a los problemas particulares.

Tomemos varios ejemplos, no de toda la esfera de la investigación académica, sino nada más de la esfera más restringida, la de la epistemología. Preguntemos si el Agustinianismo puede contestar preguntas como estas. ¿Es el conocimiento el resultado de formar un concepto por el proceso de abstracción, o no existe tal proceso? ¿Es la palabra *concepto* meramente un símbolo para una idea concreta embrionaria y debiésemos decir que solo una mente perezosa se contenta con los objetos vagos y pobremente definidos llamados abstracciones? O, acercándonos más a lo concreto, uno puede preguntarse si uno tiene la sensación de ver una imagen, quizá en la retina, o si vemos un objeto externo. Las preguntas detalladas en otras materias, tales como la política, la educación y la estética son más convenientemente imaginadas que mencionadas.

En esta ocasión de graduación sería descortés, aunque ciertamente menos peligroso, dejar tales cuestiones sin contestar. Cualquier discusión técnica de estos problemas envuelve una dificultad extrema; sin embargo, para implementar la promesa del Agustinianismo uno está en la obligación de decir algo, no importa cuán pequeño sea y con cuanta cautela se diga. Por consiguiente, sumerjámonos en medio de las cosas y ataquemos el problema crucial e irritante de la sensación y la psico-física.

En la historia de la psicología moderna la investigación de la relación entre el cuerpo y el alma ha llegado a un punto muerto debido a que las nociones subyacentes requieren una producción mecánica de un estado de conciencia. La noción de que un estado de conciencia puede producir una acción mecánica fue considerada en sus inicios como imposible; se ha requerido de más tiempo para ver que el proceso inverso, del cual la sensación es el principal ejemplo, es igualmente imposible. Por esta razón el epifenomenalismo, que se adhería a la imposibilidad en una dirección y la negaba en la otra, debe ser rechazado como completamente inconsistente. El resultado de estas consideraciones es que los psicólogos en general adoptan un paralelismo sin suscribir unas bases Spinozísticas, u otras bases necesariamente filosóficas, para el paralelismo. Para plantear el asunto con sencillez, se han rendido frente al problema con desesperación. Se les debe una considerable compasión. Las perplejidades del problema estrictamente filosófico y las complejidades de la información psicológica, sin mencionar las investigaciones y descubrimientos que aún deben llevarse a cabo, hacen de la desesperación un seguro contra la locura.

El idealismo ha sido aclamado por proveer una solución a estas dificultades reduciendo los así llamados atributos corporales a piezas de la existencia mental. Es con renuencia que este artilugio debe ser juzgado como inadecuado. Quizá el idealismo, rechazando la noción de un sustrato no conocible con el objetivo de eliminar el escepticismo, ha sido de utilidad al establecer la posibilidad de la verdad; pero, sin importar que eso sea, el principio esencial

del idealismo deja prácticamente sin tocar las dificultades en las sensaciones. La razón es fácil de declarar. El si los atributos corporales son o no fases de la existencia mental, todavía queda el problema de relacionar los estímulos que llamamos un objeto sensorial (sea que se conciban de manera idealista o no) con las reacciones motoras por un lado y con el conocimiento discursivo por el otro.

¿Pero, puede un escritor tan antiguo, sin decir tan anticientífico, impulsar el estudio de la sensación como tal? La respuesta a esta insinuación es que, si los escritores modernos ofrecen tan poca esperanza, la ayuda de cualquier fuente debiese ser bienvenida. Y aunque Agustín y el Neoplatonismo, del cual obtuvo inspiración, se quedan muy cortos al tratar de contestar estas cuestiones, posiblemente nos pongan en el sendero correcto en lugar de dejarnos en un callejón sin salida.

Primero que todo, en lugar de intentar explicar la sensación por una acción del objeto sensorial en el alma, estos primeros escritores prefieren pensar que la acción es algo que pasa desde el alma al objeto sensorial. Dado un objeto sensorial, una retina saludable y el sistema nervioso, y rayos de luz que pasen a través de los lentes del ojo, no implica, como algunas perspectivas modernas y mecánicas le llevarían a uno a creer, que se produzca una sensación de color. Puede hacerse bastante obvio que las condiciones físicas no explican la distinción de colores. La mayoría de las personas miran al cielo y lo ven azul. No lo ven verde, morado o rosado. Los árboles son vistos como verdes, y para algunas personas incluso los abetos son verdes. Pero si estas personas son obligadas a comparar los colores, o a duplicarlos usando pinturas de óleo, pronto llegarán a ver muchos colores que previamente solo habían estado viendo. Esto ilustra el punto de Agustín de que la sensación depende de la atención y la volición, que es más nuestra captación del objeto que el objeto mismo el que nos afecta.

Pero aún más, no es meramente la distinción de colores, es la observación de cualquier objeto y el escuchar de cualquier sonido lo que requiere atención. Al estudiar los problemas de la sensación uno puede llegar a estar tan enfrascado que la sensación se desvanece. Puede ser que los ojos abiertos no vean nada delante de ellos, y la llamada para tomar la cena, ordinariamente esperada con impaciencia, pase sin ser percibida. Por lo tanto, la sensación parece requerir una acción voluntaria, y puede ser una sana filosofía, lo mismo que una teología ortodoxa y un Español claro decir que no hay peor ciego que el que no quiere ver.

De acuerdo, esta teoría enfrenta un poco de dificultad con un sonoro trueno o con una luz cegadora; estas parecen ser percepciones involuntarias, pero estas dificultades son muy leves cuando se comparan con las dificultades de las teorías contrarias; tanto, que uno puede esperar con confianza deshacerse de ellas.

Este énfasis Agustiniiano en la acción vital externa más bien que en la acción mecánica interna parece proveer una mejor base para tratar con los detalles de la epistemología.

En primer lugar, podría remover la sima que Kant cavó entre la sensación y el intelecto. Y la removería no por regresar a los convenientes empiricistas Británicos al reducir la mente a un complejo de sensaciones, sino por el contrario por reconocer la actividad intelectual en el estado más simple de conciencia.

Incluso aquellos pensadores que han sido influenciados fuertemente por el empiricismo están comenzando a reconocer que la antigua noción de una sensación pura es una

alucinación. Quizá nadie acuse a F. R. Tennant de ser un Agustiniano, y no obstante, en su obra *Teología Filosófica* (Volumen 1, página 41) escribe, “Mientras más puras concibamos que son nuestras sensaciones, y mientras más pasiva supongamos que es nuestra recepción, más descartamos la posibilidad de una explicación natural del conocimiento.”

El lenguaje del Profesor Blanshard de Swarthmore en su reciente obra *La Naturaleza del Pensamiento* (Volumen 1, página 57) sin duda que será entendido con más claridad. “Debemos así construir el mundo en el que primero vivimos para hacer que el escape de él sea concebible. Es verdad que no debemos imponer en lo primero lo que viene después, pero también es verdad que debemos verlo a la luz de lo posterior, si es que nuestra explicación alguna vez ha de alcanzar del todo lo último. Herbert Spencer sugirió una vez que las cualidades de la sensación podrían ser explicadas como rápidos tatuajes de choques nerviosos que difieren en su frecuencia. Si tales choques se toman como unidades de conciencia, la teoría es instructiva e interesante; si se toman como impulsos nerviosos debiésemos estar colocando el principio del pensamiento en algo de lo cual escapar en *aliud genus* sería ininteligible.” Y este pensamiento lo sintetiza de manera admirable en una frase posterior: “No explicamos como surge una cosa al decir que fue precedida por algo radicalmente diferente.”

Entonces, obviamente, el pensamiento y el conocimiento no pueden ser obtenidos de la sensación pura; o, en otras palabras, para preservar una conexión entre la experiencia sensorial y el conocimiento racional, la sensación debe entenderse como una forma incipiente de razón. Los dos tipos de acción mental deben unirse de alguna manera, y si el empiricismo en la filosofía resulta en escepticismo mientras que en la teología descarta la revelación, la única conveniencia posible es explicar la sensación en términos del pensamiento más bien que el pensamiento en términos de la sensación.

Pero quizás estas observaciones elementales corren el riesgo de llegar a ser técnicas, y puede que no esté fuera de lugar concluir el discurso con unas pocas consideraciones a la clase que hoy se gradúa. Después de todo, es su graduación. El consejo dado a los jóvenes en tales ocasiones como esta pueden elevarse de manera grandilocuente a las nubes de la verdad cósmica, o puede limitar su horizonte como para ver un objeto de manera clara. En consonancia con lo que ya se ha dicho sobre el sustituir la repetición sin forma de un principio universal por su aplicación detallada, no se seguirá el curso posterior de detalles definidos.

Vosotros que hoy os graduáis estáis pasando de una escuela en la que ha sido necesario trabajar con aplicación y diligencia. Estáis pasando a otra escuela en la que las asignaciones son considerablemente más onerosas, menos explícitamente declaradas, y en la que los exámenes y las calificaciones llegan en momentos no esperados y de formas con las que no estamos familiarizados. Existen los problemas del financiamiento eclesiástico y la organización congregacional; de pastorear, multiplicar y edificar a los santos; y de combatir la oposición satánica que amenaza aumentar en fuerza. En vista de esto, ¿debiese un orador invitado cómodamente ubicado colocar alguna carga sobre vosotros?

O quizá no sea una carga añadida; puede que más bien sea un medio de hacer más ligera la carga común de todos nosotros.

El poder que ejercemos, sujetos a Dios, está razonablemente calculado para variar directamente con nuestra habilidad mental. Dios ha usado frecuentemente instrumentos

oscuros y les ha otorgado prominencia temporal; pero las vidas de Pablo, Agustín, Calvino y Machen, cuyas contribuciones han ejercido influencia, y continuarán haciéndolo, a lo largo de los siglos, nos impiden colocar un premio sobre la ignorancia. Por lo tanto, graduados de la clase del '41, a menos que estéis completamente desilusionados por el tenor de estas palabras, haced que la meta de vuestra vida sea el contribuir con algo de genuino valor erudito a la propagación de la fe Reformada. Es cierto que las responsabilidades diarias del ministerio son pesadas, y no obstante...

Hubo un ministro que no llamaba la atención más que sus compañeros, quien sirvió a una congregación por cuarenta y un años. Preparaba cada semana dos sermones y una plática para una reunión de oración. Visitaba a las personas, se mantenía en contacto con las varias organizaciones; tenía su medida de quebrantamientos de salud y adversidades. No obstante, con todo esto, se las arregló para publicar unos pocos artículos y dos libros, uno de los cuales era un volumen bastante sólido. Comparado con los legados literarios de un Hodge o un Warfield, este registro puede parecer estéril; pero puede establecer una meta encomiable y no demasiado imposible para el pastor promedio.

Por tanto, repase en su mente los campos en los cuales es grande la necesidad de erudición; seleccione la materia que más le interese – teología, epistemología, literatura o economía – rechace con valentía una investigación enciclopédica de todo el asunto, sino que más bien decida, de manera tentativa, adquirir algunos detalles manejables, y pregúntese si no podría producir alguna investigación digna en los próximos diez años. ¿No es razonable suponer que incluso un pastor ocupado puede escribir veinte o veinticinco páginas en diez años? Por el contrario, quizá alguna alma optimista piense que diez años es un estimado demasiado extenso. ¿Pero, por qué discutirlo? Cinco años o quince – lo esencial no es la velocidad sino la calidad. Y el segundo artículo requerirá menos tiempo y será de más valor que el primero. Para ayudar a cada individuo en la preparación de tales artículos, la crítica mutua podría obtenerse por desarrollar, no solo una Sociedad Filosófica Calvinista, sino una sociedad de investigación de eruditos Calvinistas. De este modo, habría provisión para el estudio de temas más allá del rango estrecho de la ilustración epistemológica de este discurso. Tal sociedad, si puede producir una competencia técnica, podría esperar publicar esos recursos. Pero para ahorrar nuestro dinero para más necesidades apremiantes, ¿por qué no debiésemos hacer que el diablo pague los gastos de nuestras publicaciones? Hay numerosos periódicos técnicos que aceptarían ofrecimientos de valor. El cumplir con sus estándares pondrá a prueba nuestra habilidad, y después de haberlas practicado, los mejores artículos podrían ser recopilados, y... y... se pueden llevar a cabo planes apropiados después que hayamos alcanzado un reconocimiento genuino.

*Alza sobre nosotros, oh Jehová,
la luz de tu rostro.
Envía tu luz y tu verdad;
éstas me guiarán.*

Este discurso fue publicado como Apéndice B del libro “Una Filosofía Cristiana de la Educación” por el Dr. Gordon H. Clark publicado por la Fundación Trinidad, Jefferson, Maryland, 1946.